

## El dilema del traductor

¿Puede una traducción ser mejor que su original?

¿Qué hace un traductor si se encuentra ante un texto literario lleno de imprecisiones lingüísticas, incoherencias gramaticales y errores estilísticos? ¿Hace correcciones leves, balanceándose siempre entre lo que dice el texto original y lo que se puede decir en el idioma de destino? ¿Pero qué debe hacer cuando este ejercicio de equilibrio se convierte en la odisea de un barco a la deriva en alta mar? Por ejemplo ¿debe traducir el estruendo del rayo sabiendo que el estruendo es del trueno? ¿Debe reemplazar la puerta que chilla (fuera de un contexto poético) por una puerta que chirría? Pero entonces ¿no se extralimita ya el traductor? La corrección no es su trabajo. Desde un punto de vista profesional, la corrección y la traducción son dos trabajos diferentes que se deben realizar uno tras otro y no en el mismo paso. Y desde el punto de vista particular del traductor es un doble trabajo por el precio de uno. Entonces ¿es mejor que el traductor traduzca todo tal cual como pone en el texto, traduciendo los errores como si no se diera cuenta? Pero al fin y al cabo tiene que firmar el producto con su nombre y nadie va saber nunca si esta puerta chilla por culpa del autor o del traductor.

Posiblemente me decís, con mucha razón, que en cualquier proyecto serio de traducción literaria existe una relación entre el autor y su traductor que permite un intercambio profesional sobre cualquier duda que pueda surgir. Pero no es lo mismo preguntar a un autor con dominio de escritura cómo interpretar una frase o qué intención dar a otra como indicar a un autor inseguro, y por ello muy susceptible a las críticas, que una determinada frase no hace sentido, que hay expresiones idiomáticas que no funcionan o que simplemente se ha equivocado de palabra. Nuestro traductor seriamente teme perder el encargo por insinuar tantos cambios en el manuscrito original.

Quizá me vais a contestar que un texto de un autor así no se edita, pero de la forma como se desarrolla el mundo editorial premian, cada vez más, los recursos económicos de un autor sobre sus recursos literarios.

O quizá me contestéis que ningún traductor que se precia se embarca en tal proyecto y otra vez os tengo que dar la razón. Pero suponemos que nuestro

pobre traductor es exactamente eso: un pobre traductor que por una simple cuestión de cálculos aritméticos no se puede negar a ningún encargo y, además, prefiere la mala literatura a los manuales del montaje de una lavadora o a las instrucciones meticulosas de cómo limpiar material odontológico. Podemos imaginarnos que nuestro traductor - que por supuesto es imaginario y posiblemente sólo sea fruto de la mente perturbada de otro traductor que espera su próximo encargo - haya aceptado este trabajo en concepto de low-cost, a causa de los mismos cálculos que nunca le salen al final del mes. Eso es un concepto económico que en tiempos de crisis se expande en todos los sectores como la peste en la edad media. En concreto significa que nuestro traductor debe trabajar mucho para ganar poco y que tiene que economizar su tiempo por lo que no puede llevar una correspondencia por cada palabra que le parece mal puesta.

¿Os suena el dilema? ¿Qué decís desde vuestra experiencia de traductores a mi pobre traductor, que trabaja sin mérito ni gloria, pero se defiende trabajando? Me gustaría conocer vuestras opiniones al respecto. Gracias y un cordial saludo, Karin.